

TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE LA VIOLENCIA SEXUAL: ¿ES POSIBLE DETENERLA PROMOVRIENDO LA FUNCIÓN REFLEXIVA EN MADRES ADOLESCENTES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA SEXUAL?

Carolina Camino *et al.** **

La siguiente revisión teórica explora la transmisión intergeneracional de la violencia sexual, enfatizando el reconocimiento de las historias de vida tanto de las víctimas de abuso sexual, como las de los agresores sexuales. Nuestra finalidad es profundizar en el mecanismo que parece esconderse detrás de la transmisión intergeneracional de la violencia sexual. También quisiéramos proponer la implementación de espacios y programas preventivos que atiendan las necesidades psicológicas de las adolescentes que se han convertido en madres producto de una violación sexual, así como la de sus hijos, buscando promover su capacidad reflexiva y los proteja de transmitir, a la siguiente generación, una historia de violencia sexual.

La violencia sexual se define como:

todo acto sexual, la tentativa de consumir un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de esta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo. (Organización Mundial de la Salud [OMS], 2013).

Resulta difícil estimar la prevalencia de casos de agresión sexual en el Perú. En un documento informativo elaborado por la OMS (2013) se precisó que, en

* Magister en Psicología Evolutiva Psicoanalítica por la Universidad de Londres y el Anna Freud National Centre for Children and Families. Licenciada en Psicología por la Universidad de Lima. Docente en la Universidad de Lima (UL). Coordinadora del Círculo de Psicología Clínica en la Facultad de Psicología de la UL. Psicoterapeuta psicoanalítica de niños, adolescentes y adultos en consulta privada.

<ccamino@ulima.edu.pe>

** Martín Doza Cochealle, Valeria Ginocchio Ochoa, Francesca Saba Orams y Silvana Zambrano Almenara. Círculo de Psicología Clínica - Universidad de Lima (Perú).

un estudio latinoamericano, en el cual se incluía a Perú, se encontró que solo alrededor del 5% de las víctimas adultas de violencia sexual reportó el incidente a la policía. Esto puede deberse a que las víctimas no encuentran sistemas de apoyo adecuados, sienten vergüenza, temor a ser rechazadas, a ser culpadas o juzgadas, etc. En un estudio realizado en el Perú por el Programa de Investigaciones Criminológicas y Análisis Prospectivo del Ministerio Público, que comprendió el periodo del 2013 al 2017, se reportó que el 76% de las víctimas de violación sexual eran menores de edad y el 78% conocía al agresor (*Diario Correo*, 14 de noviembre de 2018). No obstante, se infiere que el porcentaje de menores de edad víctimas de violación sexual podría ser mayor, tomando en cuenta la dificultad que muestran las víctimas adultas para denunciar el hecho. En un informe del Observatorio Nacional de la Violencia contra las Mujeres y los Integrantes del Grupo Familiar (2019), se reportó que, en el Perú, un integrante del grupo familiar fue señalado como culpable en el 51% (4981) de los casos de menores de 14 años atendidos en los “Centros Emergencia Mujer” del periodo 2017-2018. Cabe destacar que fueron los propios padres, los principales presuntos agresores (19.9%). Frente a esta realidad, surge esta pregunta: ¿cuántas adolescentes víctimas de abuso sexual quedan embarazadas? En el Perú, en el año 2019, se informó que el 36.6% de víctimas de violación sexual menores de 14 años quedaron en estado de gestación. Este porcentaje aumentó a un 63.4% en las adolescentes de 14 a 17 años (Observatorio Nacional de la Violencia contra la Mujer y los Integrantes del Grupo Familiar, 2019). La siguiente interrogante es: *¿cuáles son las consecuencias de la violencia sexual que estas madres adolescentes pueden padecer a su corta edad, además del embarazo no deseado?*

Entre ellas, se encuentran enfermedades de transmisión sexual, ansiedad, trastornos del sueño, comportamiento de alto riesgo, depresión, pensamiento suicida, suicidio o infanticidio, etc. (OMS, 2013). Además, si el abuso sexual se da desde la niñez, puede asociarse a dificultades en la mentalización, una destreza inconsciente relacionada a la comprensión social, que permite entender el comportamiento de uno y las acciones de otros, considerando los estados mentales detrás de estos (Fonagy & Target, 1997). De hecho, los niños víctimas de abuso sexual intrafamiliar presentan un nivel más bajo en esta capacidad, comparados con los niños víctimas de abuso sexual extrafamiliar (Ensink *et al.*, 2015). Por lo tanto, la experiencia de abuso en la niñez puede impactar negativamente el autoconocimiento, la cognición social y la comprensión emocional, lo cual pondría a esta población en mayor riesgo de desarrollar una patología más adelante.

Además, de acuerdo a Serbin & Karp (2004), el embarazo temprano sumado a la pobreza, la depresión, el uso de sustancias y los síntomas de estrés post-traumático, podrían afectar las habilidades parentales y aumentar el riesgo de victimización en el niño. Las madres que han sido víctimas de abuso sexual en la

niñez evidencian mayor estrés parental, menor calidez hacia sus hijos, y menor destreza en general en la crianza, al ser comparadas con madres sin una historia de abuso sexual en la niñez. McCloskey (2000) señala que las madres que han sufrido de abuso sexual en la niñez son 3.6 veces más propensas a tener hijos que son expuestos también a la violencia sexual, comparadas a las madres que no han tenido una historia de abuso, llegando el riesgo de abuso sexual en la niñez a alcanzar hasta tres generaciones (McCloskey, 2013). No obstante, evidencia preliminar muestra que cuando las madres consideran los efectos de su propia victimización en la niñez, conectándose con los pensamientos y sentimientos experimentados, el riesgo de abuso sexual en sus hijos disminuye (Egeland & Susman-Stillman, 1996).

En un estudio reciente, Borelli *et al.* (2019) hallaron que tanto las madres víctimas de abuso sexual en la niñez, como los niños víctimas de abuso sexual, correlacionaron positiva y significativamente con una mayor sintomatología en los niños. Además, los niños cuyas madres habían sido víctimas de abuso sexual en la niñez eran más propensos a reportar también abuso sexual. Asimismo, encontraron que al aumentar el nivel de función reflexiva de las madres en relación a su propia experiencia de abuso (*Trauma – Reflective Functioning*, T-RF por sus siglas en inglés), la exposición de los niños al abuso sexual en la niñez disminuía. Por lo tanto, la capacidad de la madre para procesar la experiencia dolorosa y las emociones asociadas a esta (T-RF) podría servir de factor protector, neutralizando el impacto del abuso sexual en su vida, reduciendo así su revictimización y la victimización de su propio hijo. No obstante, como señalan los autores, al tratarse de un estudio transversal, no es posible asegurar que la capacidad de reflexionar sobre el trauma sea un factor de protección en la transmisión intergeneracional del abuso sexual en la niñez. De cualquier manera, los resultados alientan futuras investigaciones.

De acuerdo a Ensink *et al.* (2016), deberían considerarse espacios que apunten a la intervención en materia de mentalización en contextos de abuso sexual infantil. Se necesitan programas que acompañen a las madres víctimas de abuso sexual a procesar sus vivencias y a ejercer su función materna, para que puedan entender las experiencias subjetivas que explican sus propias conductas y las de sus hijos. En ese sentido, los grupos de juego que se basan en la teoría y la técnica desarrolladas en el Centro de Anna Freud en Londres (ahora conocido como el *Anna Freud National Centre for Children and Families*), pueden pensarse como espacios ideales para apoyar a las madres adolescentes víctimas de violencia sexual y a sus hijos. Al tener como objetivo central promover un vínculo sano entre madres e hijos, hacen que disminuya la probabilidad de que los desencuentros en su relación queden fijados como características negativas en la personalidad del niño, mostrando así una cualidad preventiva (Zaphiriou Woods, 2000). Con

este propósito en mente, los grupos de juego brindan soporte a los niños y a sus padres, abordando temas emocionales centrales relacionados a la intimidad, autonomía, agresión, separación y sexualidad (Zaphiriou Woods & Pretorius, 2016). Estos grupos de juego acogen a padres e hijos, entre uno y tres años, en espacios acondicionados para el juego, con diversos juguetes y materiales, y la consigna para los padres simplemente es: *jugar libre y espontáneamente con sus hijos*. La estructura del programa y su metodología invita a los padres a jugar con sus hijos, una vez por semana durante una hora y media, y a pensar sobre el desarrollo de sus niños, animándolos a compartir sus dudas o preocupaciones con el terapeuta que dirige el grupo y con otros padres. Estos grupos brindan al psicólogo la oportunidad de mirar las diadas e intervenir en caso se observe alguna dificultad. Además de la sesión de juego programada semanalmente, se mantiene entrevistas con los padres que participan del grupo, para abordar sus preocupaciones e inquietudes en relación al desarrollo de sus hijos. Estas permiten explorar las historias de vida de los padres con mayor profundidad.

En un estudio exploratorio preliminar realizado por Camino *et al.* (2011), en el cual se evaluó la función reflexiva de 12 madres, antes y después de participar de un grupo de juego del Centro de Anna Freud, se encontró que la capacidad reflexiva aumentó durante el tiempo que las madres participaron del grupo. Además, la magnitud de este incremento fue proporcional al tiempo que permanecieron en él. En ese sentido, las autoras concluyen que, al parecer, un grupo de juego de orientación psicoanalítica, dirigido por un psicoterapeuta de niños con experiencia, que ayuda a las madres a pensar sobre los pensamientos y sentimientos de sus hijos y modela respuestas apropiadas, puede promover la capacidad de la madre para pensar sobre el comportamiento de su hijo. De acuerdo a Zaphiriou Woods & Pretorius (2016), la manera en que la persona que dirige el grupo observa las conductas de los niños, interactúa a través del juego, verbaliza y valida los sentimientos y deseos tanto de los niños como de los padres, maneja la agresión y establece límites, etc., sirve como guía a los padres para entender y lidiar con las conductas, reacciones y transiciones de sus hijos. No obstante, Camino *et al.* (2011) señalan en su publicación que no es posible concluir que el hecho de asistir a un grupo de juego aumenta el promedio de la función reflexiva materna, debido a la falta de un grupo control en el estudio.

Desde hace ya varios años, se viene desarrollando en Lima grupos de juego que siguen la propuesta del Centro de Anna Freud. Existen publicaciones al respecto, como la de Barrantes & Piazzon (2011), en la cual relatan su "*travesía*" implementando un grupo de juego en un nido de Lima; y la de Camino y Peralta (2018), que narra la experiencia de dirigir un grupo de juego en una cárcel de Lima, donde las "*vivencias y afectos aprisionan la mente*". A estas experiencias se

suma el programa “Tiempo de juego” que, siguiendo también el marco teórico y metodológico del Centro de Anna Freud, recibe a madres adolescentes y a sus hijos, entre uno y tres años de edad. A continuación, se presenta una viñeta clínica tomada de ese espacio, que ilustra la observación y la reflexión que se brinda a cada diada, lo cual permite alcanzar una mayor comprensión de su problemática y, en ese sentido, guiar la intervención.

De pronto, la psicóloga encargada del grupo volvió su mirada hacia un niño de un año y tres meses, lleno de angustia, que parecía no encontrar refugio ni consuelo en la mirada de su madre. El rostro de su madre, frío y distante, parecía perdido en el espacio o detenido en el tiempo. Parecía intentar sostenerse en algún recuerdo o tal vez anular cualquier contacto con la realidad, justamente para evitar alguno. Su hijo lloraba con tal intensidad que todo su cuerpo temblaba y la madre “miraba” a otro lado, a su hijo se le chorreaban los mocos dificultando su respiración, y la madre apuntaba su vista hacia la ventana. Frente a cualquier acercamiento por parte de la psicóloga que dirigía el grupo, se mostraba mayormente inalcanzable, no respondía, no devolvía la mirada, y si lo hacía, mostraba el ceño fruncido.

Poco a poco, a lo largo de las sesiones, se fue revelando la historia que estaba atrapando la mente de esta madre adolescente y que no permitía que se conectara de manera espontánea con su hijo, el cual nació producto de una relación incestuosa. Su padre la violó sistemáticamente durante más de dos años. A los vecinos de su comunidad les llamó la atención el tipo de relación que tenía el padre con su hija y advirtieron a las autoridades, cosa que no hizo la madre, quien hasta el día de hoy no le habla ni la visita. Ante esta situación traumática, la adolescente empezó a comportarse de manera promiscua, pasando de una relación sexual a otra, quizá buscando recuperar el control que no tenía cada vez que era violada por su padre. Al parecer, este recuerdo doloroso era puesto en escena una y otra vez, a través de esta compulsión a la repetición. Según Freud (1914), por medio de este mecanismo la mente busca recuperar su equilibrio, cambiando en el escenario los roles asumidos por los actores: el que fue controlado ahora “controla” la situación. En el caso descrito anteriormente se puede entender la conducta de la adolescente como una forma de ejercer cierto control sobre el hecho de haber sido sometida sexualmente por su propio padre, al ser ella quien ahora se involucra con diferentes y numerosos compañeros sexuales. Por otro lado, Gabbard (2002) señala que este estereotipo exagerado de sexualidad femenina se observa en algunas víctimas abusadas sexualmente de niñas, como si intentaran vengarse de los hombres y afirmar su feminidad.

Este caso plantea, además, la necesidad de centrar la atención en la mirada de la madre y su manera de responder a las necesidades de su hijo, para analizar

qué consecuencias podría tener ello en el desarrollo de su hijo. Siguiendo a Briere, Hodges & Godbout (2010), quienes sostienen que el abuso contribuye a una evitación fóbica de la mentalización, podemos interpretar la actitud de la madre como una forma de evitar pensar en las reacciones emocionales de su hijo y en las propias, por temor a encontrar sentimientos y pensamientos insoportables relacionados a las vivencias traumáticas. De acuerdo a Fonagy & Target (1995), el padre que no puede pensar en la experiencia mental de su hijo impide que este pueda desarrollar una representación sana de sí mismo. La madre, el padre o el cuidador principal, debe reflejar en su mirada, su tono de voz y sus acciones, lo que el niño está sintiendo, ayudándolo a procesar, metabolizar y entender lo que pasa en su mundo interno. Debe adivinar y nombrar lo que puede estar sintiendo su hijo: ¿tienes hambre?, ¿tienes frío?, ¿estás mojado?, ¿estás cansado?, ¿tienes miedo?, etc. Y de acuerdo a lo que interpreta, actuar: darle su biberón, cubrirlo con una mantita, cambiarle el pañal, recostarlo en su cuna, abrazarlo y consolarlo, etc. Asimismo, debe explicar lo que está experimentando su hijo, estableciendo un nexo entre el mundo interno y externo (i.e. *“Seguro estás llorando porque tienes miedo, el cuarto está oscuro y desearías que mamá o papá estén a tu costado toda la noche, ¿verdad?”*). De acuerdo a Peter Fonagy (1998), esta capacidad de mentalizar permite a los padres relacionar la conducta y los estados mentales (por ej.: pensamientos, sentimientos, creencias, deseos, etc.) que están detrás y que revelan la conducta, ayudando al niño a organizar sus experiencias internas, etiquetar sus emociones y controlar lo que está sintiendo.

En el caso descrito anteriormente, el niño busca a su madre y empieza a desesperarse cuando no encuentra respuesta por parte de ella, la mirada de la madre y sus acciones no le devuelven al niño un mensaje de esperanza, de que todo estará bien. En casos como este, el mundo psíquico del niño se vuelve caótico, lleno de experiencias sin etiquetar, y se dificulta la capacidad para diferenciar la fantasía de la realidad, y la realidad psíquica de la física. A partir de ello, se puede entender la tendencia de los pacientes violentos a lidiar con pensamientos y sentimientos a través de acciones físicas, contra sus propios cuerpos o los de otras personas (Fonagy, Moran & Target, 1993; Fonagy & Target, 1995). De acuerdo a Fonagy (2003), los actos violentos contra las mujeres, usualmente son cometidos por hombres con una capacidad de mentalización inadecuada, que han sido víctimas de abuso infantil, y han crecido con temor a representar mentalmente los pensamientos de sus padres. De niños, se relacionaron con figuras de apego que los dañaban, que los confundían mostrando conductas que no guardaban relación con lo que estaban diciendo verbalmente, que respondían a su angustia con miedo, asustándolos o disociándose. Por tanto, la experiencia interna del niño no encuentra comprensión en el mundo externo; queda sin etiquetar y confusa, y el afecto sin contener genera mayor desregulación. En este contexto

de relaciones negligentes y complejas, el niño tiende a internalizar el estado mental de su cuidador principal como parte de la estructura de su sí mismo. Así, puede ir construyendo la imagen de un sí mismo cargado de sentimientos de cólera, miedo, odio, de ser un niño que asusta o es incontrolable. Surge un “falso self” que luego el niño o adulto intenta expulsar, no solo porque no encaja con su *self* constitucional sino también porque lo siente persecutorio (Winnicott, 1967). Y, en este sentido, el adulto violento busca con vehemencia una pareja o víctima que le permita recrear, externalizar y destruir los estados intolerables de su *self*, con la esperanza inconsciente de que se irán para siempre. Además, el acto violento se intensifica cuando los hombres perciben en la mente de las mujeres, la experiencia psíquica intolerable que intentan anular (Fonagy, 1999).

Esta revisión teórica nos ayuda a comprender la persistencia del ciclo de la violencia y cómo la víctima de abuso físico o sexual durante la niñez, puede convertirse en agresor al llegar a la adolescencia o adultez (Widom, 1989), o exponer a su hijo a la misma historia que la condena. En este sentido, se puede profundizar en la propuesta de Selma Fraiberg, quien, en 1975, en su artículo *Ghosts in the nursery*, ilustra, a partir de dos casos, cómo los conflictos no resueltos y/o no procesados, parecen transmitirse en las familias de generación en generación. A través de una metáfora, Fraiberg habla de los *fantasmas del pasado*, que llegan sin invitación a perturbar a los padres en la crianza de sus hijos. Hay una fuerza psíquica del pasado consciente o inconsciente, positiva o negativa, que acompaña a los padres al ejercer su función. Recuerdos en relación a cómo fueron criados ellos mismos desde bebés, cómo fueron cuidados, alimentados, disciplinados, etc., empiezan a brotar en la mente del padre o de la madre. Fraiberg menciona dos mecanismos que parecen propiciar esta repetición compulsiva de conflictos del pasado, que hacen que un padre o una madre actúen como su propio cuidador de la infancia, para así terminar condenando a su propio hijo a experimentar las experiencias que le causaron dolor de pequeño. La autora destaca, en primer lugar, la represión de afecto, que hace que el padre o la madre recuerde la vivencia traumática sin recordar los afectos asociados a dicha experiencia dolorosa. Algunas madres adolescentes reportan, por ejemplo, que de niñas eran castigadas físicamente, y lo justifican aduciendo que es parte natural de la crianza y la disciplina. Iglesias (2019) analizó en un grupo de madres, la relación entre el nivel de función reflexiva parental (FRP) y el haber sufrido vivencias traumáticas en la infancia, y halló que las madres que presentaron un nivel bajo de FRP mostraron mayor dificultad para distanciarse del estilo de crianza de sus padres. Las madres encontraron dificultades para buscar alternativas distintas de crianza, sintiéndose condicionadas por sus experiencias pasadas y utilizando, por lo tanto, el castigo físico como estrategia de disciplina. En el caso de la madre que alcanzó el nivel más bajo de FRP, este fue usado sin ningún cuestionamiento,

considerándolo un método legítimo de crianza. Esto conduce al segundo planteamiento de Fraiberg (1975), que se refiere a la identificación con el agresor, como el mecanismo que determina que el niño, por razones de supervivencia, se identifique con el padre que causa dolor, ya que finalmente depende de él para asegurar la satisfacción de sus necesidades físicas. No obstante, si bien aceptan el cuidado físico por parte de sus figuras de apego, se alejan mentalmente, inhibiendo defensivamente su capacidad de mentalizar y la construcción de su sí mismo. Por ende, al llegar a la adultez, estos dos mecanismos de defensa no le permiten entrar en contacto con la realidad que vivieron y los sentimientos que afloraron en ese entonces, condenando al padre o la madre a repetir su propia historia en la relación con su hijo, sin ser consciente de ello.

Fonagy *et al.* (1994), decidieron poner a prueba las ideas de Fraiberg, estudiando el estilo de apego de padres e hijos. De acuerdo a Fonagy (1999) la teoría del apego nos puede ayudar a entender los casos de negligencia y agresión. Según esta teoría, la función principal de las relaciones tempranas es brindar al bebé un sentido de seguridad en ambientes que despiertan miedo (Bowlby, 1973). Así, un apego seguro predice un desarrollo sano en el niño, éxito en su educación y en la relación con sus pares, una buena autoestima y una adecuada formación de su identidad. Por lo tanto, la mentalización que surge de la experiencia de haber sido comprendido en el contexto de una relación de apego, es un aspecto crítico en la transmisión intergeneracional de abuso. Recordemos que la mentalización se refiere a la capacidad de entender la conducta propia y ajena en base a estados mentales, y que surge gradualmente en el contexto de una relación madre-hijo, dependiendo fundamentalmente de la capacidad de la madre para contener y regular los afectos del niño y para anticipar y ajustarse a sus demandas físicas y psíquicas (Fonagy *et al.*, 1991).

En este estudio, se encontró una correlación significativa entre el estilo de apego de los padres, la capacidad reflexiva y los estilos de apego de los niños (todo esto se podía predecir evaluando a las madres en el tercer trimestre de embarazo). De este modo, demostraron que la transmisión intergeneracional de un estilo de apego seguro depende de la capacidad del cuidador para entender los estados mentales de su hijo, es decir, de su capacidad reflexiva, cuyo origen está en sus propias relaciones tempranas. Slade (2005) precisa que es gracias a la capacidad reflexiva parental, que los niños desarrollan sus capacidades de mentalización. Grienberger, Kelly & Slade (2005) estudiaron la relación entre capacidad reflexiva materna y comportamiento maternal, y encontraron que la capacidad reflexiva está mediada por el comportamiento materno, permitiendo su transferencia y expresión en la relación madre-hijo. Por lo tanto, señalan la importancia de un comportamiento paternal sensible a las necesidades físicas y psicológicas del niño; y de la capacidad reflexiva en los padres para asistir a sus hijos.

Estos resultados y los obtenidos en investigaciones recientes referidas al inicio de este artículo, revelan la importancia de asumir el compromiso de cuidar la salud mental de las madres adolescentes víctimas de violencia sexual y de la de sus hijos. Queda demostrada la necesidad de pensar en el futuro de aquellos niños, como el de la historia narrada anteriormente, que crecen con una madre que muestra dificultad para conectarse emocionalmente debido a sus fantasmas del pasado (Fraiberg, 1975), y las vivencias y afectos que aprisionan su mente (Camino y Peralta, 2018). Es cierto que la atención psicológica puede resultar costosa, sobre todo para países con muchas necesidades aún por cubrir. No obstante, nos preguntamos si no será mucho mayor el costo que genere la no prevención y atención de esta problemática, tomando en cuenta las necesidades de los agresores, que luego deben ser cubiertas en las cárceles, y las de las víctimas dañadas física y emocionalmente.

Peter Fonagy (1998) afirma que muchos de los problemas conductuales y emocionales que se ven en las escuelas y en la sociedad en general podrían haber sido evitados si las dificultades hubiesen sido abordadas cuando hicieron su aparición por primera vez en la niñez temprana. Asimismo, señala que, para reducir el riesgo de violencia, además de programas de intervención dedicados al fortalecimiento de la mentalización, se necesita de las instituciones sociales que apoyan el desarrollo (familias, nidos, colegios) para favorecer la representación de los estados mentales de uno mismo y de los demás (Fonagy, 2003). Actualmente, en el Reino Unido se están realizando campañas para promover la salud mental en niños y adolescentes, implementando en los colegios talleres como "Talking Mental Health" (AFNCCF). Asimismo, los "Parent-Toddler Groups" que buscan promover la salud mental en niños y padres, se siguen recomendando desde el *Anna Freud National Centre for Children and Families*. En Estados Unidos, se encuentra programas como; "Parents First", "Minding the baby" y "Mindful Parenting", que también apoyan la necesidad de atender el vínculo entre padres e hijos de manera temprana. En ese sentido, teniendo como modelo estos tipos de intervención, se podría diseñar un programa especial para madres adolescentes víctimas de violencia sexual y sus hijos, que además de promover ingredientes esenciales para la crianza, como la capacidad reflexiva de las madres, la sensibilidad materna y un vínculo seguro y confiable entre madres e hijos, vislumbre la posibilidad de detener el ciclo de la violencia sexual.

Referencias bibliográficas

- Barrantes, A-M. & Piazzon, E. (2011). Finding our own path: Engaging working parents in a toddler group in Peru. En M. Zaphiriou Woods & I.-M. Pretorius (Eds.), *Parents and toddlers in groups: A psychoanalytic developmental approach*. Routledge.
- Borelli, J., Cohen, C., Pettit, C., Normandin, L., Target, M., Fonagy, P. & Ensink, K. (2019). Maternal and child sexual abuse history: An intergenerational exploration of children's adjustment and maternal trauma-reflective functioning. *Frontiers in Psychology, 10*. <https://dx.doi.org/10.3389/fpsyg.2019.01062>
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss, Vol. II: Separation*. Basic Books.
- Briere, J., Hodges, M., & Godbout, N. (2010). Traumatic stress, affect dysregulation, and dysfunctional avoidance: A structural equation model. *Journal of Traumatic Stress, 23*, 767-774.
- Camino, C., Asquith, K. & Prützel-Thomas, A. (2011). Thinking about my toddler: Can a psychoanalytic toddler group enhance reflective functioning capacities in parents? In M. Zaphiriou Woods & I.-M. Pretorius (Eds.), *Parents and toddlers in groups: A psychoanalytic developmental approach* (174-178). Routledge.
- Camino, C. & Peralta, C. (2018). Vivencias y afectos que aprisionan la mente. En Fatule, R., Peralta, C. & Saba, M. (Eds.), *En el juego de la vida: Homenaje a Max Hernández* (pp. 262-266). Editorial Gradiva.
- Cicchetti, D. & Toth, S. L. (1995). A developmental psychopathology perspective on child abuse and neglect. *Journal of American Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 34*.
- Cross, D., Kim, Y. L., Vance, A., Robinson, G., Jovanovic, T. & Bradley, B. (2016). Maternal child sexual abuse is associated with lower maternal warmth toward daughters but not sons. En *J. Child Sex. Abuse, 25*. <https://dx.doi.org/10.1080/10538712.2016.1234532>
- Diario Correo (14 de noviembre de 2018). El 76% de las víctimas de violación sexual en el Perú son menores de edad. <https://diariocorreo.pe/edicion/lima/76-de-victimas-violacion-sexual-en-peru-son-menores-edad-801689/>
- Egeland, B. & Susman-Stillman, A. (1996). Dissociation as a mediator of child abuse across generations. *Child Abuse & Neglect, 20*. [https://doi.org/10.1016/0145-2134\(96\)00102-0](https://doi.org/10.1016/0145-2134(96)00102-0).
- Ensink, K., Normandin, L., Target, M., Fonagy, P., Sabourin, S., & Berthelot, N. (2015). Mentalization in children and mothers in the context of trauma: An initial study of the validity of the Child Reflective Functioning Scale. *British Journal of Development Psychology, 33*.
- Ensink, K., Bégin, M., Normandin, L. & Fonagy, P. (2016). Maternal and child reflective functioning in the context of child sexual abuse: pathways to depression and externalizing difficulties. *Eur. J. Psychotraumatol, 7*. <https://dx.doi.org/10.3402/ejpt.v7.30611>
- Fonagy, P. (1998). Prevention, the appropriate target for infant psychotherapy. *Infant Mental Health Journal, 19*.

- _____. (1999). Male perpetrators of violence against women: An attachment theory perspective. *Journal of Applied Psychoanalytic Studies*, 1.
- _____. (2003). Towards a developmental understanding of violence. *British Journal of Psychiatry*, 183.
- Fonagy, P., Steele, M., Moran, G., Steele, H. & Higgitt, A. (1994). Measuring the ghost in the nursery. *Bulletin of the Ana Freud Centre*, 14.
- Fonagy, P., Steele, M., Steele, H., Moran, G. & Higgitt, A. (1991). The capacity for understanding mental states: The reflective self in the parent and child and its significance for security attachment. *Infant Mental Health Journal*, 13.
- Fonagy, P., Moran, G. S. & Target, M. (1993). Aggression and the psychological self. *International Journal of Psychoanalysis*, 74.
- Fonagy, P. & Target, M. (1995). Understanding the violent patient: The use of the body and the role of the father. *The International Journal of Psychoanalysis*, 76.
- _____. (1998). An interpersonal view of the infant. En A. Hurry (Ed.), *Psychoanalysis and developmental therapy* (pp. 3-31). Karnac Books.
- _____. (1999). Towards understanding violence: the use of the body and the role of the father. En R. J. Perelberg (ed.), *Psychoanalytic Understanding of Violence and Suicide* (pp. 53-72). Routledge and The Institute of Psychoanalysis.
- Fraiberg, S., Adelson, E. & Shapiro, V. (1975). Ghosts in the Nursery: a psychoanalytic approach to the problems of impaired mother-infant relationships. *Journal of the American Academy of Child Psychiatric*, 14: 387-421.
- Freud, S. (1991). Recordar, repetir y reelaborar (1914). En *Obras Completas* (Vol. XII, 145-157). Amorrortu Editores.
- Gabbard, G. O. (2002). *Psiquiatría psicodinámica en la práctica clínica* (3° edición). Editorial Médica Panamericana.
- Grienenberger, J. F., Kelly, K. M. & Slade, A. (2005). Maternal reflective functioning, mother-infant affective communication, and infant attachment: Exploring the link between mental states and observed caregiving behavior in the intergenerational transmission of attachment. *Attachment & Human Development*, 7. <https://dx.doi.org/10.1080/14616730500245963>
- Iglesias, G. (2019). *Función Reflexiva Parental en padres y madres con vivencias de trauma infantil: Representaciones sobre su hijo(a) y la experiencia de la parentalidad*. [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile]. En Repositorio institucional de la Pontificia Universidad Católica de Chile. <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/28494>
- McCloskey, L. A. (2000). The intergenerational transmission of risk for child sexual abuse. *J. Interpers. Violence*, 15. <https://dx.doi.org/10.1177/088626000015010001>
- _____. (2013). The intergenerational transfer of mother-daughter risk for gender-based abuse. *Psychodyn. Psychiatry*, 41. <https://dx.doi.org/10.1521/pdps.2013.41.2.303>
- Organización Mundial de la Salud (2013). *Comprender y abordar la violencia contra las mujeres. Violencia sexual. OPS*. https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/98821/WHO_RHR_12.37_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Observatorio Nacional de la Violencia contra la Mujer y los Integrantes del Grupo Familiar. (2019). *Embarazo forzado y violación sexual en niñas y adolescentes*. <https://observatoriovioencia.pe/wp-content/uploads/2019/10/Embarazo-forzado-ni%C3%B1as-y-adolescentes-menores-de-18-a%C3%B1os-violencia-sexual.pdf>
- Slade, A. (2005). Parental reflective functioning: An introduction. *Attachment and Human Development*, 7.
- Widom, C. S. (1989). The cycle of violence. *Science*, 244.
- Winnicott, D. W. (1967). Mirror-role of the mother and family in child development. En P. Lomas (Ed.), *The Predicament of the Family: A Psycho-Analytical Symposium* (pp. 26-33). Hogarth Press.
- Zaphiriou Woods, M. (2000). Preventive work in a toddler group and nursery. *Journal of Child Psychotherapy*, 26.
- Zaphiriou Woods, M., & Pretorius, I. M. (2016). Observing, playing and supporting development: Anna Freud's toddler groups past and present. *Journal of Child Psychotherapy*, 42. <https://dx.doi.org/10.1080/0075417X.2016.1191202>

Resumen

La siguiente revisión teórica explora la transmisión intergeneracional de la violencia sexual, enfatizando el reconocimiento de las historias de vida tanto de las víctimas de abuso sexual, como las de los agresores sexuales. Ignorar estos relatos dificulta la interrupción del ciclo de violencia sexual, ya que el niño o niña víctima de abuso sexual que ahora aparece en un noticiero, podrá ser el día de mañana quien repita su historia con su propio hijo o hija. Explicar no quiere decir exculpar (Fonagy, 2003). Solo a partir de la comprensión del mecanismo que se esconde en estas vivencias, se podrá diseñar intervenciones que apunten realmente a contener este ciclo. En el presente artículo, se considera fundamental la implementación de programas preventivos, que incluyan grupos de juego de orientación psicoanalítica, que parecen promover la capacidad reflexiva de sus participantes. Se requiere aproximaciones de este tipo, que atiendan las necesidades psicológicas de las adolescentes que se han convertido en madres, producto de una violación sexual, y las de sus hijos. Es de vital importancia asegurar un vínculo seguro y sano entre ellos, que cuide el desarrollo emocional de los niños y los proteja de transmitir, a la siguiente generación, una historia de violencia sexual.

Palabras clave: función reflexiva; grupos de juego; madres adolescentes; transmisión intergeneracional; violencia sexual

Abstract

The following theoretical review explores the intergenerational transmission of sexual violence, underlining the need to recognize the life stories of both victims of sexual abuse and those of sexual offenders. As long as you turn your back on these stories, the cycle of sexual violence will hardly be interrupted, and the child, victim of sexual abuse,

who now appears in the news, may be the one who repeats his story tomorrow, with his own children. Explaining does not mean exonerating (Fonagy, 2003). Only from the understanding of the mechanism that is hidden in these experiences, interventions can be designed with the aim to contain this cycle. In this article, the implementation of preventive programs is considered essential, including psychoanalytic-oriented playgroups, which seem to promote the reflective capacity of their participants. Approaches of this type are required, as they can address the psychological needs of adolescents who have become mothers as a result of rape, and their children. It is vitally important to ensure a safe and healthy bond between them, which cares for the emotional development of children and protects them from passing on a history of sexual violence to the next generation.

Keywords: adolescent mothers; intergenerational transmission; playgroups; reflective function; sexual violence